

# UNA SALVACIÓN INTEGRAL DE LOS FENÓMENOS

## A Comprehensive Salvation of Phenomena

Carlos Ríos | [bossamundo@hotmail.com](mailto:bossamundo@hotmail.com)

Facultad de Bellas Artes  
Universidad Nacional de La Plata. Argentina

Reseña a Agamben, Giorgio (2016). *Gusto*. Buenos Aires  
Adriana Hidalgo, 72 páginas

### RESUMEN

La presente reseña explora los recorridos que Giorgio Agamben desarrolla en su análisis del sentido del gusto y de los efectos que produce en la esfera del saber al constituirse como presencia y como inadecuación de un conocimiento *excedente*. En este sentido, el autor examina aquellas disciplinas que mantienen y amplifican los efectos de dicha inadecuación en oposición al conocimiento empírico de las ciencias modernas: la estética, la filología, la antropología, la economía política, el psicoanálisis y la filosofía.

### PALABRAS CLAVE

Agamben; estética; gusto; filosofía; saber

### ABSTRACT

This review explores the avenues opened up by Giorgio Agamben in his analysis of the sense of taste and the effects it causes in the domain of knowledge when it manifests itself as both the presence and the inadequacy of excess knowledge. The author examines those disciplines that sustain and even broaden the effects of that inadequacy, in opposition to the empirical knowledge of modern sciences: aesthetics, philology, anthropology, political economy, psychoanalysis, and philosophy.

### KEYWORDS

Agamben; aesthetics; taste; philosophy; knowledge



Esta obra está bajo una  
Licencia Creative Commons  
Atribución-NoComercialSinDerivar  
4.0 Internacional

En este breve libro el filósofo Giorgio Agamben (Roma, 1942) introduce su análisis sobre el gusto —sentido ligado al conocimiento de un modo diferente al de los «sentidos teóricos de la vista y el oído»— visto como un «lugar privilegiado» a partir del cual reconoce una doble fractura determinante en la constitución del pensamiento occidental: por una parte, la escisión del objeto de conocimiento en verdad y en belleza y, por otra, el *télos* ético del sujeto separado entre conocimiento y placer. Desde este encuadre, se pregunta si es posible superar tal fractura «que pretende que la ciencia conoce la verdad pero no goza de ella y que el gusto goza de la belleza sin poder dar razón de ella» (2016: 10). A la vez, aproxima dos líneas de fuga que interesan al autor en relación con la producción de saberes: la pérdida y la recuperación del campo de las llamadas *ciencias adivinatorias*, y qué efectos produce en el sujeto la presencia y la inadecuación de un conocimiento *excedente*.

Para dar curso a estos desarrollos simultáneos, divide el libro en una serie de apartados donde describirá, de manera sintética, el tratamiento del gusto, de la belleza y del placer en sus relaciones complejas con la *epistémé*. En el capítulo «Verdad y belleza» examina «el problema metafísico original de la fractura entre visible e invisible, apariencia y ser» (2016: 13), paradoja que le permite a Platón esbozar su teoría de las ideas y plantear a Eros como un saber en «la esfera de la adivinación», garantía del nexo entre belleza y verdad. El saber, afirma Agamben siguiendo a Platón, «debe constituirse como “amor del saber” o “saber del amor” y, más allá tanto del conocimiento sensible como de la *epistémé* [saber], presentarse como filosofía, es decir como intermedio entre la ciencia y la ignorancia, entre un tener y un no-tener» (2016: 18). Aquí queda expuesto que el problema estético del gusto es, básicamente, un problema de la relación *enigmática* entre conocimiento y placer.

En «Un saber que goza y un placer que conoce», Tomasso Campanella, Gottfried Wilhelm Leibniz, Cyrano de Bergerac, Montesquieu y Denis Diderot

le permiten a Agamben fijar el momento de la acentuación de la doble fractura en el siglo XVIII: explora las consideraciones metafóricas acerca del gusto como un juicio emitido sobre lo bello y su definición por negatividad; el *no sé qué* del gusto, su encanto invisible, a decir de Montesquieu, y las asociaciones mentales que no se reducen a un significado o un contenido último y preciso, al existir un significante que es, fundamentalmente, un exceso. Estamos frente a «un saber del cual no puede darse razón porque se sustenta en un puro significante» y de «un placer que permite juzgar sostenido en la pura significación» (2016: 32).

«El conocimiento excedente» es el cuarto apartado y está íntegramente dedicado a la filosofía kantiana en torno a la determinación de aquello que hay de exceso en el objeto de conocimiento —«lo bello es un excedente de la representación», dirá Agamben parafraseando a Kant— y que sólo puede ser captado por el sentido del gusto. Se focaliza, además, en la búsqueda que hace Kant de un *fundamento suprasensible* que diera cuenta de la antinomia entre juicio estético y objeto y de por qué «las fuentes del juicio del gusto permanecen desconocidas para nosotros» (2016: 36). Agamben examina el pensamiento kantiano emparejándolo con el platónico en referencia al problema de lo bello: las dos ideas filosóficas están contenidas «en el juego entre una posibilidad y una imposibilidad de ver (de imaginar), entre una posibilidad y una imposibilidad de conocer» (2016: 38). La figura del excedente es central para entender cómo se fundan, a partir de la relación entre imaginación e intelecto y entre concepto e imagen, la idea estética y el dominio de la razón.

Por último, en «Más allá del sujeto del saber», Agamben recupera la introducción de la figura del Eros demótico que hace Platón, la consideración de la filosofía como un deseo de saber y los efectos de esta determinación. A partir de la categoría de significante excedente —ya presentida por Diderot—, Agamben desplaza su interés a la teoría de la significación formulada por Lévi-Strauss,

quien afirma la existencia de una «inadecuación fundamental entre la significación y el conocimiento, que se traduce en un irreductible excedente del significante respecto del significado» (2016: 43). En tal sentido, para Lévi-Strauss el simbolismo se opone al conocimiento; mientras que el primero es discontinuo, el segundo se reconoce en su continuidad, sin por ello dejar de reconocerse, aunque la inadecuación de una *integralidad de significante* y su *superabundancia* no logren de manera satisfactoria asignarse a un significado (este sería, para Agamben, el límite que le impide a la semiología erigirse como una ciencia general del signo). La *porción suplementaria* o también el *excedente de significaciones* garantizan la relación de complementariedad entre significante y significado, que hace posible el pensamiento simbólico.

A la pregunta por la opacidad que ocasiona la existencia de un saber que el sujeto no sabe —y que el gusto torna visible cuando reconoce la belleza, un conocer que se vuelve, irremediamente, paradoja y fractura—, Agamben adiciona la problemática del propio sujeto: «La pregunta última a la que lo bello (y el gusto como “saber de lo bello”) remite es, entonces, una pregunta sobre el sujeto del saber: ¿quién es el sujeto del saber? ¿Quién sabe?» (2016: 42). Tanto el psicoanálisis como el estructuralismo y la lingüística se han hecho eco de esta cuestión, en la formulación de «un Otro como sujeto de conocimiento». Sobre esta doble fractura, entre el saber que no se sabe y el saber del Otro y el saber del sujeto, el concepto del gusto, visto por Agamben como la continuación extrema de la filosofía griega, producirá una doble salvación integral de los fenómenos —esfuerzo compartido por Kant en cuanto a pensar los términos de verdad y de lo bello donde tiene lugar el conocimiento—.

Para Agamben, el cambio sustancial entre el mundo antiguo y el moderno está dado por la distancia que toma este último con las ciencias adivinatorias, excluidas del conocimiento por las ciencias modernas. Como es sabido, en el siglo xvii el sujeto pasa al centro de la escena y el saber sin sujeto

es desplazado. Sin embargo, aquel saber que no se sabe, lejos de desaparecer, queda fijado al problema del gusto en los debates estéticos que trascenderán hasta el siglo xix. Aquel saber adivinatorio, asimilado por Platón al saber amoroso, sobrevive al *eclipse* provocado por las ciencias modernas. En este punto, Agamben establece una especie de *linaje* entre aquellas disciplinas que mantienen y amplifican los efectos de la inadecuación por pérdida o por excedente y, por tanto, tendrían una conexión con aquellas ciencias adivinatorias de manera más o menos manifiesta: tales disciplinas son la estética, la filología, la antropología, la economía política, el psicoanálisis y la filosofía.

En las reflexiones de Stéphane Mallarmé, Agamben encuentra la clave del último bastión del gusto por «mantener unidas en la experiencia de un saber que se goza y de un placer que sabe» (2016: 51), básicamente a partir de dos disciplinas: la estética y la economía política (el valor-forma acuñado por Karl Marx y el dinero considerado por Georg Simmel como una pura relación sin contenido). En la filología encuentra, a su vez, la capacidad de procurarse «su saber y su método en un círculo de tipo adivinatorio» y construir para sí una especificidad; en la antropología, la inadecuación anteriormente descrita en torno al pensamiento de Lévi-Strauss; y en el psicoanálisis, el inconsciente como objeto, sus revelaciones en términos simbólicos y el saber sostenido en el significante.

Será, finalmente, en la filosofía donde Agamben encuentre la garantía de un pensamiento que mantenga viva la llama de las inadecuaciones, pues en esta disciplina el deseo de saber postulado por Platón permite, a través del Eros demoníaco, la comunicación entre el sujeto del deseo y el sujeto del conocimiento. La cifra del gusto y su singularidad, al situarse «en la interferencia de conocimiento y placer» (2016: 8), es una presencia insustituible para pensar desde un saber que manifiesta, paradójicamente, la imposibilidad de acceder a un conocimiento. En el último tramo de este libro se proyecta un modo de superación de dicha paradoja cuando Agamben cita

un tratado indio de poética donde se concilian, por un lado, alegría y conocimiento y, por el otro, regresa el sabor primigenio de un ideal sapiencial inseparable del saber y del juicio esenciales a la condición humana encarnados en la figura del *sapiente*.